

Confunde tus sentidos. Manipula tu mente. Condena tu alma.



# T Cuadro de inieblas

Una novela de J.D. Lisbona

# CUADRO DE TINIEBLAS de J.D. LISBONA

Título original: *Cuadro de Tinieblas*

Edición en formato digital: diciembre de 2013

© 2011, J.D. Lisbona

<http://www.jdlisbona.blogspot.com>

<http://www.facebook.com/jdlisbona>

Diseño de la cubierta: © J.D. Lisbona

Maquetación ebook: Iván Hernández

<http://www.buscoaliados.com>

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright* y bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-616-7333-9

## ÍNDICE

I. Lo que fue olvidado

1

2

II. La inauguración

III. La muerte del profesor Olvera

IV. El cuadro

V. Noticia de un robo

VI. Efectos en la pintura

VII. Caprichos del destino

VIII. Tres extraños

IX. La pista

X. Nuevos indicios

XI. El regreso de Alicia

XII. La mudanza

XIII. La colección de San Raimundo

XIV. La primera aparición

XV. Memorias de fray Guillermo de Ayllón

XVI. El origen de la sospecha

XVII. Otro trágico final

XVIII. El tríptico perdido

XIX. La historiadora

XX. Regreso al trastero 201

XXI. Una llamada inquietante

XXII. Trastornos en la mente

XXIII. La leyenda negra

XXIV. Un plan maquiavélico

XXV. El misterioso Luther Valhof

XXVI. Descenso al infierno

XXVII. La revelación

XXVIII. Los monstruos de la conciencia (!)

**XXIX. Los monstruos de la conciencia (II)**

**EPÍLOGO: La sentencia**

**1**

**2**

*No hay testigo tan terrible  
ni acusador tan potente  
como la conciencia que mora  
en el seno de cada hombre.*  
Polibio

# I. Lo que fue olvidado

## 1

Como la efímera huella de una pesadilla, la luz del alba fue disipando perezosamente la bruma estancada, desvelando un paisaje gélido y sombrío. Sólo entonces emergió la iglesia en ruinas que había permanecido oculta tras ella. El viento cesó, enmudeciendo el tañido fantasmagórico que cada noche arrancaba de su campana, y el silencio cayó con aplomo sobre aquel lugar al que las leyendas tildaban de maldito.

Apenas unas horas después, las manos de Gerardo Olvera se movían con agilidad sobre su cuaderno de bitácora. Entre párrafos que documentaban la historia de aquel edificio, los rumores que circulaban en torno al mismo y algunas curiosidades acerca del hombre que lo levantó, había esbozado dibujos de los alrededores, como la parte del pantano de Guajaraz que podía divisarse desde la llanura o el pueblo de Argés, a varios kilómetros a sus espaldas. Ahora sus alargados dedos delimitaban la esquina formada por la fachada oriental y el muro septentrional, al que permanecía adosada la torre del campanario. Olvera se hallaba sentado sobre una roca, ligeramente alejado de la construcción, soportando el viento húmedo de aquel día nevoso y el traqueteo de la máquina excavadora que trabajaba en el interior.

Al terminar la arista, levantó la cabeza y constató la fidelidad de su trabajo por encima de sus gafas de lectura. El

boceto no se alejaba demasiado del modelo real. La iglesia de San Raimundo estaba derruida. La fachada meridional se interrumpía abrupta e irregularmente, dando la impresión de que una mano gigante la hubiese cortado en pleno ataque de Parkinson. Los bloques de piedra que habían servido para levantarla permanecían desmoronados sobre el terreno. Pero los estragos no concluían ahí: Buena parte del techo había desaparecido, uniéndose tejas, vigas y otros restos a los escombros que alfombraban el suelo de la planta, que alcanzaban en ciertas zonas hasta medio metro de altura. Los fragmentos que aún se sostenían entre las columnas se mostraban agujereados, como si enormes pedruscos hubiesen llovido del cielo sobre ellos obedeciendo un castigo divino. Durante las tediosas horas nocturnas, Olivera los había dibujado a la luz de su potente linterna, expuesto a un frío inclemente que le había calado hasta el alma. Lo había soportado por obligación, claro estaba. Maldita la gracia que le había hecho. Y es que, aunque el profesor era de los hombres que creen que cada cosa tiene su precio, y que hay que pagarlo, opinaba que conocer de primera mano la historia no oficial de la iglesia de San Raimundo, del padre Braulio —su impulsor— y del proyecto de construir en su entorno un seminario, le había supuesto un coste excesivo: pasar toda una noche de crudo invierno a la intemperie, en el interior de aquel sueño roto, acompañado por cuatro parapsicólogos. O descerebrados... O ambas cosas.

Se puso en pie y se desentumeció, las manos apoyadas en las lumbares al arquear la espalda. Luego se quitó las gafas y frotó sus ojos con cuidado. Estaba agotado. Habría dado cualquier cosa por un café bien cargado, pero no era momento de abandonar el lugar. La excavadora llevaba trabajando ininterrumpidamente desde hacía dos horas. Casi tres, confirmó al mirar su reloj y ver que eran cerca de las once de la mañana. Todo aquel tiempo lo había pasado bordeando los muros, dibujando el edificio, anotando cu-



riosidades. Podía decirse que había estado matando el tiempo, pero no. En realidad, era más justo decir que había estado recordando; y rezando. Rezando para que todo aquel sacrificio diera finalmente su fruto. Para que toda la información que le había conducido hasta allí fuese cierta y sus presentimientos, también. En cuanto a los recuerdos, su cabeza había ido regurgitando las últimas diecinueve horas. Casi un día completo sin dormir, se había dicho como si aquello fuese un hito:

La jornada se había planificado unos días antes, por teléfono, entre él y un oriundo de Toledo llamado Ramón. Había contactado con éste con la excusa de estar buscando información de primera mano para producir un documental acerca de la leyenda de San Raimundo, y el toledano se había mostrado encantado de poder ayudarlo personalmente, pues aseguraba conocer mejor que nadie su historia, su catastrófico final y su leyenda post mortem. Incluso se ofreció a servirle como guía, diseñando una excursión que partiría desde la tumba del padre Braulio en el cementerio de la ciudad, pasando después por el pueblo de Argés —donde éste había vivido algunos años— y terminando en las ruinas de la iglesia que había levantado en los años cuarenta. Y todo con mucho gusto, no es molestia, al revés, para nosotros será un honor, el tener a alguien como usted, ya me entiende, interesado en este lugar y en esta parte de nuestra Historia... A Olvera le había sonado bien, excepto ese nosotros, que le había escamado y no sin razón.

Al llegar a Toledo había sido recogido por el tal Ramón. Un paleta, había juzgado sin necesidad de echarle un segundo vistazo: cuarentón, engalanado para la ocasión con una combinación hortera de pantalón de traje, botas de cowboy, camisa con corbata fina —de aquellas que se pusieron de moda en los ochenta— y abrigo hasta la pantorrilla negro; gafas oscuras para evitar que le deslumbrara la escasa luz de aquel día encapotado y reloj de oro, del que cagó el moro, con esclava dorada grabada con su nombre para

hacer juego en la otra muñeca. Conducía un Range Rover. De la estación de autobuses se habían dirigido al cementerio de la ciudad. Allí les esperaba la primera parada de aquel tour que acabaría convertido en un suplicio para Olvera, que a sus sesenta y tantos, y a pesar de su excelente forma física, no estaba para según qué trotes.

La tumba del padre Braulio se encontraba en un estado lamentable. Sobre la losa, resquebrajada, las grietas serpenteaban entre las letras de su nombre y el período que comprendió su vida, agotado a finales de los sesenta.

—Dicen que murió abrasado —le había comentado el friki, como luego le recordaría él al ser incapaz de hacerlo con su nombre, a pie de tumba.

Olvera anotaba lo que el otro le contaba en aquel cuaderno de anillas; en aquellos primeros compases, interesado en cada pormenor.

—¿Dentro de la iglesia?

—No. Al parecer, logró salir de ella por la puerta principal cuando ésta ardía en llamas. Corrió unos metros. Cuarenta, más o menos. Prendido como la cabeza de una cerilla. Se figurará: gritando como un alma poseída por Satanás. Y cayó al suelo hasta que se consumió.

Olvera cogió apuntes como un colegial, y luego se tomó un tiempo —previa petición de permiso a su interlocutor— para dibujar la tumba del sacerdote.

—El padre Braulio tenía fama de coleccionista —fue narrando el toledano sentado sobre la lápida vecina, mientras su invitado trazaba líneas en el papel—. Se dice que poseía una de las colecciones de arte más importantes de Toledo después de la guerra. Cuadros, esculturas, manuscritos... Algunos sospechan que su muerte tuvo algo que ver con lo que guardaba allí.

El profesor ya conocía aquel detalle, pero se hizo de nuevas. Tenía que evitar levantar sospechas sobre el verdadero motivo de su visita. En realidad, su viaje perseguía dos objetivos: el primero, corroborar la información acerca de

los antecedentes y sucesos producidos en torno a aquel edificio; incluso completarla, a ser posible, con más datos. Y, en segundo lugar, perpetrar al día siguiente un plan clandestino para el que había pagado un dineral en conceptos de servicio y de silencio al propietario de una excavadora.

—¿Y qué ha sido de ello?

—Se supone que ardió.

—Así que la iglesia servía como lugar de conservación de su fondo artístico... —interpretó con maestría el papel de ingenuo.

—Exactamente.

—¿Y eso tiene algo que ver con que se construyera lejos del pueblo?

—No lo creo. Argés ya tenía su iglesia. La de San Eugenio Mártir. San Raimundo se levantó con intención de que fuera un seminario. Vistas al pantano, a la Naturaleza... a Dios —lo dijo con retintín—. El lugar idóneo para formar siervos del Señor. Pero, finalmente, aquello se quedó en un proyecto inacabado.

Tras la visita al cementerio llegó el momento de conocer al resto del equipo. No le importará, le había dicho de camino el toledano, que pasemos a recoger a unos colegas con los que trabajo. No, claro —había fingido él con un toque de resignación, reconociendo el *nosotros* telefónico en aquella propuesta—. Tres hombres más se unieron al grupo, entrando en el Range Rover después de cargar en el maletero una serie de aparatos que no le dieron a Olvera buena espina. Luego lo invitaron a comer en un restaurante. Y allí comenzaría a pagar el precio. No el de la comida, que tuvieron la amabilidad de costear ellos, sino el de la visita guiada. Los parapsicólogos se descolgaron con que eran grandes admiradores de su trabajo. Habían leído todos sus libros y no se perdían los programas de televisión donde aparecía como colaborador habitual. A Olvera, evidentemente, le importaba un carajo. Pero hubo de fingir,

por educación. Y eso los animó a explayarse. En Toledo los conocían como “los cazafantasmas”, contaron henchidos de satisfacción. Se veía a la legua que la fama les sentaba muy bien. Habían estudiado fenómenos paranormales por toda Castilla la Mancha, y el caso de la iglesia de San Raimundo era una golosina para ellos. Finalmente, le terminaron confesando que ya habían pernoctado en otras ocasiones entre sus muros, grabando psicofonías y cosas así. Pero hacerlo de nuevo con Olvera era un sueño hecho realidad. Al escuchar aquello, al profesor se le abrieron los ojos como dos platos: esos tipos habían hecho planes a sus espaldas. Pero su consiguiente reacción de pavor les debió de pasar inadvertida, pues el tal Ramón le soltó:

—Hemos pensado que podríamos ayudarle con su documental. Podría incluir el material que grabemos esta noche. Si le parece apropiado y no le importa, claro.

—¿Cómo iba a importarme, hombre? —le había respondido con exagerado cinismo. Pero aquellos eran tan mame-lucos que no se dieron por enterados, o no quisieron darse.

Después de la comida, el café y un par de copas, tomaron rumbo a Argés. Le mostraron el pueblo, narraron por encima su Historia y, en detalle, la vida del padre Braulio. Decían que fue un hombre serio, los vecinos que lo habían conocido, recto y vinculado al régimen del caudillo; incluso íntimo de los círculos más próximos a Franco. Quizá de ahí la facilidad para llevar a cabo su proyecto. También explicaba de alguna manera el motivo por el que acaudalaba tanto arte entre sus paredes. La excursión duró hora y media, y sirvió para poner punto y final a los prolegómenos. Luego, se subieron al todoterreno y partieron hacia San Raimundo.

La primera sensación que experimentó Olvera al llegar fue estremecedora. En ninguno de los lugares supuestamente encantados que había visitado para documentar sus libros le había sucedido algo semejante. Aquellas ruinas exhalaban algo indefinible, sutil, que viciaba el ambiente y que le causó angustia. Poco a poco, conforme daban la pri-

mera vuelta al edificio para comprobar su estado, se iría acostumbrando a ello; e incluso, una vez cruzada la puerta principal, llegaría a olvidarlo, como si ese hálito hubiese penetrado en su cuerpo desactivando la alarma de sus sentidos.

Una vez en el interior, donde había que pisar con cuidado para no romperse uno la crisma entre tanto escombro, cada uno de los miembros del equipo fue situando estratégicamente micrófonos junto con detectores de movimiento y cámaras. Olvera acompañó a Ramón hasta el altar para seguir anotando en su cuaderno nuevos detalles de su narración, mientras éste instalaba un centro de control compuesto por un ordenador portátil, un galvanómetro, un termómetro y un manómetro:

—Oficialmente no se sabe qué pasó con el padre Braulio, si es que perdió la chaveta o qué. Pero lo que sí es seguro es que el incendio lo provocó él —explicaba mientras iba comprobando en la pantalla el funcionamiento de los micrófonos y de los detectores ya colocados—. Eso señalan los informes oficiales.

—Esta mañana comentó que hay quien sospecha que el incendio tuvo que ver con la colección que el sacerdote guardaba aquí.

—Hay teorías que apuntan a que pudo haber entrado en contacto con el mal, incluso con el mismo diablo, por mediación de alguna de las piezas que adquirió... Y, lógicamente, el incendio habría sido la consecuencia de su intento por destruirla... —Dejó un silencio prudente antes de concluir—: Pero no es más que una de tantas teorías sin fundamento.

—De modo que usted no cree en esa versión...

Ramón hizo un mohín antes de opinar:

—Nunca me lo he planteado, la verdad. A mí sólo me interesa explicar lo que ocurre en este lugar desde entonces.

El profesor estaba cada vez más fascinado por la profesionalidad con la que parecía tomarse aquello, a la par que se maravillaba de la destreza con la que manejaba equalizadores digitales y diversas aplicaciones dentro del ordenador. Y eso fue lo que le arrancó la siguiente pregunta:

—¿Cuántas veces han hecho esto?

—¿Se refiere a *en este lugar*?

—Sí, a eso me refiero.

—Mmmm... tres.

—¿Y qué han sacado? ¿Han visto algún fantasma?

—No. Sólo una vez captamos una psicofonía. Ya sabe usted cómo son estas cosas...

—¿Qué cosas?

—Ver espectros. Se muestran a quien quieren, o a quien pueden. ¿Usted ha visto alguna vez uno?

—Nunca. En mi vida.

—Y aún así, ya ha escrito cuatro libros sobre el tema...

—La diferencia es que no creo que haya sitios encantados en España, a pesar de lo que he escrito. Me limito a contar las leyendas que existen sobre los lugares, no a certificarlas.

—Pero imagine que pudiera certificar la de éste...

Olvera torció el gesto en una mueca burlesca que el toledano no vio.

—La parapsicología estudia los fenómenos biológicos. Fenómenos que existen, que son demostrables, y que la ciencia debería contemplar. Nosotros queremos convencer al mundo de esta verdad irrefutable; y hoy tenemos la oportunidad de hacerlo. Si logramos demostrarle que aquí existen fuerzas psíquicas observables, usted será nuestro mejor altavoz. Creo que sería lo mejor para todos. —Sólo para enfatizar esta frase levantó la cabeza de la pantalla y miró al profesor.

—Supongo —se limitó a contestar éste con resignación.

Las primeras horas de la noche transcurrieron como cabía esperar: con frío, contando historias que habían sucedi-

do allí o que se había dicho que habían sucedido. El tal Ramón se entusiasmó al relatar la anécdota de aquellos turistas de Valencia que habían ido a visitar las ruinas una tarde de primavera y que, de regreso, se habían quedado perplejos al escuchar a su hijo de ocho años preguntarles por los papás del niño con el que había estado jugando alrededor de la iglesia. Entonces los padres, extrañados y no habiendo visto en ningún momento a su hijo jugar con nadie, le habían interrogado. La respuesta del pequeño era obvia: juró y perjuró haber jugado al escondite con un niño que, al despedirse, le había hecho prometer que volvería otro día a hacerle compañía, pues se sentía muy solo. A Olvera la historia, lejos de provocarle un escalofrío, le entró por un oído y le salió por el otro. En ese momento se empezaba a hartar de la situación; y eso que aún le quedaba por padecer.

Otro había narrado la peripecia de los dos amantes que habían elegido el lugar para satisfacer una incomprensible fantasía sexual. Estos se habían topado con un sacerdote. Un anciano vestido con sotana que aparecía y desaparecía entre los muros. Olvera se limitó a preguntar si, al menos, la pareja había consumado. En respuesta recibió una mirada de recelo, prueba más que suficiente del escaso sentido del humor que destilaban los cuatro, aunque finalmente sonrieran por cortesía.

Aquella jornada debería de haber terminado antes del anochecer, se lamentaría durante las siguientes horas el profesor. Y a medida que fue transcurriendo la desapacible madrugada —en la que el viento aullaba entre los muros y producía un espectral tañido en la campana de la torre—, se fue desquiciando. Primero se arrepintió por haber dejado que la situación se le fuera de las manos. A pesar de haber conseguido la información necesaria para completar los antecedentes de su nuevo libro, y de haber deducido de todo aquel encuentro que a nadie se le había ocurrido consultar los planos del edificio, temió que no pudiera desha-